

QUIEN MARCA ES EL OTRO

V:: M:: y QQ:: CComp:: todos:

Cuando recibí mi marca, miré atentamente las variantes que se me ofrecían y pensé: “¡No me gusta ninguna! ¡No son de mi agrado!”; sin embargo, elegí entre ellas y adopté una, siguiendo un criterio de elección de lo que me pareció menos malo. Incluso llegué a pedirle una entrevista al V:: M::, en la que le comenté estas sensaciones y esta manera de haber elegido. Querido Amigo... cuánta paciencia demostraste hacia este petulante. Haciendo una introspección, reconozco mi preconcepción, mi prejuicio. Mi fantasía me había jugado la mala pasada de imaginar cuáles podrían haber sido algunos diseños de mi agrado. Había inventado en mi mente formas que estaban basadas en mis deseos personales, en gustos propios, en estéticas particulares; sin comprender ni colegir la posible existencia de reglas constructivas, de normas ornamentales, de criterios de validación y de diseño, establecidos por tradiciones que van más allá y preexisten a todas y cualesquiera consideraciones personales. Y esta trampa, esta vana trampa del engreimiento, es y actúa cual tapiz que enmascara un hecho muy concreto y muy simple, del que podemos deducir una trascendental enseñanza simbólica. Pues, cuando el obrero de la cantera, o el compañero de la sillería, graban a golpe de malleto y cincel sus marcas en la piedra, son ellos los que le dan su marca al pedrusco; dicho en otras palabras, —pues es algo de elemental raciocinio y de evidencia fáctica que la piedra recibe una marca, que ella misma no puede marcarse, la tosca recibe del obrero la marca que llevará. Y este concepto tan elemental del operativismo se traspone casi literalmente a su concepción simbólica; o sea, nadie puede recibir su marca si no es de algún otro.



Siendo como somos, una piedra bruta que tratamos de convertir en piedra cúbica por el perfeccionamiento moral y el desarrollo espiritual, la mirada del otro es ratificatoria de la buena escuadra. Y si bien adquirimos las herramientas simbólicas para la realización de la recta tarea, quien nos reconoce en ese progreso iniciático es el que nos inspecciona. Puesto que el propio yo ya se reconoce a sí mismo, todo acto psíquico que provenga de un auto reconocimiento, de una auto contemplación, estará viciado por la deformada visión que cada quien tiene de sí mismo, según la cual, cada arista de nuestra personalidad es recta y en escuadra “de nacimiento”, por así decirlo nunca encontraremos ninguna de esas pequeñas mezquindades que ejercitamos casi consuetudinariamente en el mundo profano... y, a veces, también, en el iniciático.

La marca que deberemos llevar de por vida, entonces, no es la que nos regalamos nosotros con mayor o menor espíritu crítico, en un extremo, o con mayor o menor benevolencia, en el otro; la marca indeleble del Masón es la que el otro le impronta, en ceremonia ritual y bajo los estrictos términos que la tradición iniciática impone.

Para completar nuestro progreso iniciático, igual que sucede en nuestros primeros años de nuestras vidas profanas, en los que la mirada del otro, la mirada del Padre, que es Ley, nos constituye como personas y nos censura en nuestros apetitos, templándonos el espíritu para prepararnos para la convivencia en sociedad con mayor o menor éxito; también necesitamos de la mirada del otro, de aquel que desde nuestro afuera, se torna referente especular de nuestros actos, para la constitución de ese límite que es fruto de las innumerables devoluciones que los demás hacen de nuestras conductas. Ya que, sin ese freno, la auto contemplación puede derivar en autocomplacencia, el rigor crítico en blanda condescendencia, la férrea disciplina en abandono, la severidad para con uno mismo, en molicie. Entonces, deriva el curso en un regodeo banal de quien cada día se encuentra nuevas virtudes, nuevas bellezas y nuevas aptitudes, ilusorias y vanas tan sólo por ese carácter autorreferencial. Porque es cierto que nuestro carácter se forja y aprende el intelecto a ejercer la autocrítica, aunque nunca al extremo de un profundo autoanálisis; pero el reconocimiento adicional que nos marca debe necesariamente provenir de un otro externo, para no caer en la trampa del narcisismo. La marca que deberemos llevar de por vida, entonces, no es la que nos regalamos nosotros con mayor o menor espíritu crítico, en un extremo, o con mayor o menor benevolencia, en el otro; la marca indeleble del Masón es la que el otro le impronta, en ceremonia ritual y bajo los estrictos términos que la tradición iniciática impone. -